



Editorial Xplora 2013

Páginas: 178 pg.

Dimensiones: 13,8x21 cm

ISBN: 978-84-15797-08-1

Disponible en ebook y papel

en librerías y en :

editorialxplora.com/tienda

EDITORIAL XPLOA

Lee viajando. Viaja leyendo

www.editorialxplora.com

info@editorialxplora.com

XPLORA es una editorial independiente formada por un grupo de amantes de los viajes, el deporte, la montaña y los libros. A través de las páginas de nuestros libros recorreremos países ligeros de equipaje, descubriremos hasta donde llegan los límites del hombre, cruzaremos desiertos, exploraremos montañas lejanas, conoceremos nuevas culturas y viajaremos a los lugares más sorprendentes del planeta.

Prólogo

Cuenta el Génesis que Dios condenó a Caín a transformarse en un nómada: “Aunque labres el suelo, no te dará más fruto. Vagabundo y errante serás en la tierra”. Atormentado, Caín se lamenta hasta que Dios ofrece su cara piadosa y le promete protección. Así, para evitar que nadie ose matar a Caín, Dios le marca con una señal indeleble. Con el estigma bien grabado en la piel, Caín vaga hasta que se establece en el país de Nod, donde construye la primera ciudad, el germen de los enjambres de edificios que hoy son el reverso del paraíso: el asfalto frente a la yerba, la polución frente al viento, el aire cautivo frente al aire libre, la neurosis frente al silencio, la justicia de la represalia frente a la justicia de la armonía. Esta es, pues, la definición básica de Caín al final de su vida: Caín ha sido un hombre errante con una llaga que le designa como miembro de ese clan que ejecuta, con rigor, la venganza –“Quienquiera que matare a Caín lo pagará siete veces”, grita el Dios furioso del Antiguo Testamento–, hasta que conoce a su mujer en un lugar del que no tenemos más noticias que el nombre, Nod, un sitio cuya ubicación es tan enigmática como la del Paraíso. La única pista de la geografía de Nod que se puede encontrar en el Génesis, dicta que se halla al oriente del Edén, es decir, “al este del Edén”. Y al este del Edén, como cualquiera sabe, queda la rebeldía adolescente y el romanticismo del amor. Al este del Edén quedan los finales trágicos.

No estaría de más precisar el temperamento y los parámetros morales de ese Dios que construye a los primeros humanos, el Dios que expulsa a los padres de Caín del Paraíso, que les larga del Edén a

punta de espada, cuando una serpiente les ayuda a conocer la ciencia ética, la diferencia entre el bien y el mal; aunque el mal se identifique, en el principio de los tiempos, con saberse desnudos. Asustado a pesar de su poder, Dios trata de evitar que Adán y Eva coman también el fruto del Árbol de la Vida, y sumen así días y días a su existencia hasta llegar a la eternidad, igualándole. Y este castigo no deja de ser un alarde de insensatez, dado que Dios se equivoca al considerar que la eternidad es la suma infinita de siglos, cuando en verdad se trata de la ausencia de esa materia deleznable que llamamos tiempo.

Dios expulsa a la pareja que gestó con sus manos, despidiéndola del mejor de los mundos, y dispone que Adán labre el suelo, oficio que hereda su hijo primogénito, Caín. Esta es la única razón que da la Biblia para que Dios elija al pastor, Abel, como su favorito, a la hora de aceptar las ofrendas de los hermanos: escoge al pequeño porque Caín le recuerda a su padre, a la ambición de su padre o, para ser más precisos, a la debilidad que tuvo Adán para caer en tentaciones. Cualquier escritor o lector de novela negra puede interpretar que la actitud de Caín matando a su hermano es resultado de caer en una suerte de trampa urdida por la misma persona que se dispone a acusarle –“Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo”, vuelve a gritar el Dios ubicuo y omnipotente, provocador, como si desconociera lo que él ha engendrado–. Ese Dios tramposo es la misma persona que condena a Caín, negándole la posibilidad de construir un paraíso propio, un lugar en la naturaleza al que pueda llamar hogar hasta que, envejecido, a Caín no le queda más remedio que fabricar los primeros ladrillos de la historia.

De este cariz es, pues, la condena a uno de los padres de la humanidad: no le será permitido el descanso hasta que no sea capaz de levantar y mandar levantar la primera sucesión de edificios, el primer paraje donde hasta el aire pasará a ser esclavo del hombre, de la codicia del hombre, de la neurosis del hombre.

* * *

En cierta medida, los protagonistas de este libro son hijos de Caín. Es posible que su conflicto con Dios haya quedado aparcado, ausente, en elipsis o que sencillamente no exista, porque tampoco existe Dios. Pero sí existe un estigma, una marca que no es una sanción o una penitencia, una marca cuyo origen es tan intenso como la historia de sangre y culpa de Caín. Aunque, si cabe, en los doce casos retratados, este arranque es más misterioso, dado que no resulta sencillo definir de dónde proceden sus veleidades. Para ellos sentirse vivo ha podido llegar a ser una suerte de condena. Y sentirse vivo implica el viaje, el riesgo, la adrenalina o lo que sea que carga de adrenalina los veintidós gramos que se supone que pesa el alma humana. Han paseado esa marca por medio mundo, con espíritu nómada, en ocasiones haciéndose esa clase de preguntas que no tienen respuesta, o cuya respuesta es imposible formular con las limitaciones del lenguaje. Presos de su pasión, presos del espíritu nómada y del afán de aventuras, sus debilidades se han podido interpretar como una cárcel: el riesgo equivale a un grillete y los crampones o el parapente o el ultraligero son la bola de un presidiario.

Hasta que se ataron a una tierra. Como por obligación, todos ellos dieron con sus huesos en un lugar al que uno llamaría patria si es que realmente hubieran podido elegir. Porque la patria es algo que uno tiene derecho a escoger, a construir como le apetezca y ni siquiera está relacionada con la geografía. Les fui visitando poco a poco a lo largo de varios años, viajando a su patria postiza, y en todos ellos pude reconocer algo más semejante a la resignación que a la virtud de haber aceptado un desencuentro con la vida. Y la resignación, a juicio de los griegos clásicos, es el peor de los males. Adán y Eva abandonaron el Edén resignados y resignado emprendió Caín la construcción de su ciudad. Una razón o una maldición más poderosa que ellos empujó a estos hijos de Caín lejos de donde hubieran querido vivir, es decir, lejos de los lugares donde se sentían

vivos. Y la vida no posee otro sentido que no sea sentirse vivo. Tratar con todos ellos, le lleva a uno a preguntarse de qué calidad es el cadáver que cada persona esconde dentro del armario.

Arrogantes o pendencieros, tímidos o contrariados, misántropos o atormentados, ninguno de ellos ha elegido el destino que esa región superficial de la vida, la que conocemos como existencia, les ha deparado para los últimos días y las últimas noches de su tiempo sobre la Tierra. Al comprobar las condiciones en las que llegan al final, sin haber cruzado, realmente, una meta, porque vivir es soñar y no alcanzar los sueños, resulta inevitable cuestionarse la naturaleza de los mejores años de su vida. Tal vez sea cierto que esos años, los de errar por el mundo, fueron parte de la maldición, de su exilio permanente, de la misma maldición que ahora les obliga a permanecer confinados en cualquier rincón oscuro del planeta. Y esa penitencia es la condena de Caín, la condena de los hijos de Caín.

Scott, contra el tiempo

Acababa el mes de julio y con él mi estancia en Cambridge. Había conseguido una pequeña ayuda de la administración pública, una beca para profesores que permitía estudiar un curso de quince días en Inglaterra, unas cuantas sesiones relacionadas con el perfeccionamiento de la enseñanza bilingüe en las artes a través del ordenador. Se trataba de algo con mucho *PowerPoint* de por medio y un tanto falto de empaque para la inteligencia, un puñado de ponencias con mucho color y poca sustancia, como los fuegos artificiales. Y el mismo día treinta y uno debía estar subiéndome a un avión de regreso, pero a mi llegada al aeropuerto de Heathrow, bajo un cielo tapizado por un mar de nubes color pelo de lobo, tuve un arrebató de algo que uno llamaría sensatez si tuviera una pauta con la que calibrar las cualidades del temperamento. Recuerdo que eché un vistazo a mi cartera y decidí regresar por donde había venido. Giré sobre los talones y salté a un autobús que me llevaría directo a la estación Victoria y desde allí emprendí ruta hacia Cardiff, en Gales, porque desde hacía mucho tiempo quería conocer a Scott y no podía desaprovechar una oportunidad como aquella. Nadie me esperaba en España y yo no tenía otro programa para el resto de mis vacaciones que leer alguna novela gruesa, algo del estilo de *El conde de Montecristo*, pero ya había escondido un ejemplar de *Trampa 22* entre la ropa de mi mochila, y esa lectura debería bastarme para limar el martirio de viajar en los trenes británicos con la espalda crujiéndome.

Scott llevaba retirado del mundo de la aventura cerca de quince años. No concedía entrevistas ni publicaba artículos en la

prensa deportiva. A lo largo de este tiempo, sus marcas habían sido superadas varias docenas de veces y la mayoría de los montañeros contemporáneos no habían escuchado nunca su nombre. Al parecer, colgaba el teléfono en cuanto el interlocutor se identificaba como periodista o le presentaba una oferta, aunque fuera una mejora de su línea ADSL. Enfermaba gravemente, con males sin nombre pero de un calibre tan siniestro como la peste negra, para evitar acudir a actos públicos. No tenía amigos o los amigos que conservaba eran ermitaños, esquivos o, sencillamente, fieles y respetuosos con su silencio, amigos mudos y secretos. No existían noticias de la vida que le rodeaba ni de cómo lograba el dinero necesario para pagar el carro de la compra. La última foto que se disponía de él databa de la rueda de prensa que los patrocinadores le obligaron a conceder en Londres, tras su regreso del Annapurna, una rueda de prensa en la que se limitó a soltar unas pocas sílabas lacónicas: “Ha sido jodido. Una putada. No volveré. Adiós”. Eso fue todo. Ahí arriba había perdido demasiadas cosas y el balance negativo le impulsó a encerrarse en su refugio de Gales, no muy lejos de una región de acantilados, de una costa desde la que se pueden contemplar las tormentas marinas, el mar encrespado, la grandeza de la adversidad, la furia.

Se llamaba Scott Summers, como el personaje de los *X-men*, el cíclope mutante capaz de soltar rayos de energía por los ojos con potencia suficiente como para convertir en escombros un estadio de fútbol. Y como su tocayo de los cómics, cuyo poder equivale a la maldición de no poder desnudar los ojos, en cierta ocasión, tras haber perdido las gafas protectoras, había tenido que vendarse los ojos para sobrevivir. Fue en su última ascensión en solitario, al Annapurna, por la ruta que abrieron los franceses Lachenal y Herzog en 1950. Descendiendo desde Roca Negra, por un corredor de nieve, tras cuarenta y ocho horas sin comer, manteniéndose a base de líquidos hipercalóricos y pastillas de vitaminas, Scott tropezó y cayó. Rodó varios metros, no muchos, antes de poder detenerse atascando el

Scott, contra el tiempo

piolet en una nieve muy merengue, bien batida por el sol de mayo después de una ventana de cuatro días de buen tiempo. El estado en que se encontraba la nieve, como un colchón de plumas, evitó su muerte, pero la razón para encontrarse la nieve así de blanda, la luz, a punto estuvo de destrozarle la vista. En la caída había perdido las gafas de sol y, obsesionado como estaba siempre por llevar el mínimo peso en la mochila, no tenía otras de repuesto. Continuó su marcha con las córneas al descubierto, consciente de qué era lo que iba a suceder a continuación. Las flechas de una luz tan intensa como el fuego de azufre del infierno se le fueron hincando con saña en las células sensibles del fondo de los ojos. Perdía cientos de ellas por minuto y sabía que sería muy complicado recuperarlas, que el grado de oftalmia nival en que caería tras dos o tres días descendiendo en esas condiciones, terminaría por dejarle casi ciego. Caminar con los párpados a media asta era un suicidio, y continuar la marcha en esas condiciones una penitencia para el resto de sus días.

Tuvo que decidir y optó por el suicidio, optó por vendarse los ojos y descender a oscuras. Avanzaba también de noche, con los ojos descubiertos y doloridos, alumbrándose con la linterna frontal no para seguir un buen rastro, sino confiando en que alguien descubriría el haz de luz y acudiría en su auxilio. Pero esta táctica resultaba demasiado peligrosa: la nieve se transformaba en una trampa de setas gigantes, en una pista de patinaje tan irregular como un derrumbe de peñascos. Comenzó a considerar que el riesgo de resbalar y romperse una pierna era muy elevado, demasiado elevado, y la muerte en alta montaña con unos cuantos huesos quebrados debería ser una agonía demasiado desagradable. No le asustaba estar muerto, pero sí verse morir. Consiguió hablar por un *walkie* sin apenas batería con sus contactos en el campo base y dos de los porteadores se pusieron en marcha, inmediatamente, cargados con víveres, un saco de dormir, un piolet de travesía y otro de hielo, un buzo de plumas de altura y varios pares de gafas de sol. Dado que no habían comprendido

muy bien el mensaje, no sabían con certeza qué era lo que precisaba Scott y de las palabras que les llegaron en plena ebullición eléctrica a través del *walkie*, las únicas que habían identificado con certeza eran *need* y *sun glasses*: necesito y gafas de sol. Así pues, decidieron llevar muchas cosas, tantas como se les ocurrió que podía necesitar, y varios pares de gafas de sol, porque sabían que muchos de estos alpinistas occidentales son un tanto excéntricos, algunos incluso exquisitos, a la hora de combinar el modelo de gafas de sol que mejor le calza sobre el puente de la nariz.

Comentaron los porteadores que cuando dieron con él, Scott caminaba con la lentitud de los búfalos cruzando un río de alta montaña en pleno deshielo, cuando el torrente es gélido y podría arrastrar sus mil kilos de peso si una de las pezuñas resbalara sobre los cantos del fondo. Scott tenía los ojos vendados, aunque la venda no cubría del todo su campo de visión. Se permitía un resquicio por la parte baja, junto a la nariz, apenas lo bastante grande como para vislumbrar el lugar donde apoyaría el pie, donde caería el siguiente paso. Reconocieron que en el momento en que Scott se quitó la venda y abrió los ojos para colocarse las gafas de sol, sintieron pánico. El alpinista británico había perdido el color de las pupilas, como si se hubiera restregado la córnea con lejía, y pensaron que sufriría mucho dolor. Luego ejercieron de lazarillos durante otro par de jornadas, hasta alcanzar el campo base, donde un helicóptero aguardaba a Scott para transportarlo a Pokhara, bajo una lluvia de protestas debido a que él se negó a admitir que precisaba de atención médica urgente. Y con este humor a costas viajó hasta su casa, soltando maldiciones al personal de la compañía aérea y a los médicos del seguro que le atendieron en Pokhara y en Katmandú, y también a quienes le recibieron a su llegada a Londres, dado que, aseguraba con el enfado de un chiquillo privado de su fiesta de cumpleaños, no necesitaba tantas atenciones, afirmaba que se recuperaría por sus propios medios, bastándose de sus energías, y pedía a gritos que le

dejaran en paz. A la fuerza, Scott fue trasladado a un hospital del centro de Londres donde dio su famosa rueda de prensa antes de ser ingresado.

Los patrocinadores de su expedición habían dispuesto una tarima y un atril con micrófono en el mismo *hall* de entrada al hospital, y habían colgado una foto de dos metros de altura, en la que figuraba una vista aérea del macizo de los Annapurna, como telón de fondo. Scott aceptó subir a la tarima tras la presentación del dueño de una marca de ropa deportiva, un tipo que habló a los representantes de los medios de comunicación sin desprenderse de su gorrita con el logotipo de la empresa. Y así, sin quitarse las gafas de sol, evitando cualquier suspicacia que se pudiera generar entre los periodistas a la vista de sus ojos y evitando así los foganazos de los flashes de las cámaras de fotos, Scott escupió a bocajarro sus escasas sílabas: “Ha sido jodido. Una putada. No volveré. Adiós”. Se levantó de la silla y se marchó sin despedirse. Tenía veinticinco años. Y un historial deportivo que generaba envidia entre los veteranos del Himalaya.

* * *

En 1985, contando dieciocho años, y no antes porque resultaba imposible obtener los permisos adecuados siendo menor de edad, Scott había hollado el Everest formando parte de una expedición comercial. Lo farragoso del viaje, el exceso de peso y de personal necesario, la pesadez de los días de espera mientras los guías y porteadores montaban las cuerdas fijas, la dependencia de los lentos movimientos de otras personas, las dificultades para organizar y mover al unísono a un grupo tan numeroso, que se desplazaba al ritmo de una ballena anclada en la playa, le convencieron de que no sólo era inútil tanta prudencia, sino que podría resultar perjudicial para la seguridad de los montañeros. Se empeñó en demostrar, pues, que la velocidad era el elemento clave en la reducción del peligro. Y para ir más rápido era preciso ascender ligero de equipaje, coordinarse con la menor cantidad de gente posible, no depender